

EL MUNDO

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Capital, un mes. 50 céntimos

Provincias, un año. 7 pesetas

ANUNCIOS SEGUN TARIFA

PAGO ADELANTADO

AÑO V

SE PUBLICA TODOS LOS MIERCOLES

Núm. 93.

Por donde ha de empezarse

Resulta un poco entadoso oír constantemente censurar el atraso de nuestros agricultores.

Cualquier pedantuelo que un día se aventuró por las aldeas de Castilla, el sabio que todo lo aprendió en los libros, el majadero que en su vida hizo cosa de provecho, dictan sentencias condenando a brutos a los pobres labriegos.

Y como si las cuestiones agrícolas se resolvieran por las fórmulas del tresillo o con la destreza que exige el juego del billar, o mediante las mojoneras del moderno baile a lo kanguro, habla el necio, con énfasis de doctor, maltratando al que le provee la mesa de manjares succulentos, que por que no trabaja no merecía comer.

Sí, señores. Los tíos de los pueblos, los grullas, los «enguarinos», los paletos, esa gente para alguien despreciable, tiene derecho a más respetos, consideraciones y carinos que las infinitas lagartijas de la elegancia funambulesca, avizadoras siempre de un huequecito cómodo en la grieta de la muralla de presupuesto, que el que produce sostiene.

Se compara con harta frecuencia el producto que en trigo obtiene de una hectárea de terreno el labrador belga, el alemán, el francés y el italiano, con el misérrimo que fatigosamente alcanza el agricultor español. Como recolecta la mitad o menos, es doble torpe o más de doble ignorante que sus colegas extranjeros. ¡A ver! La ciencia matemática no falla.

Ocultan quienes así discurren que la agricultura, en todos los países adelantados, ha sido objeto de singulares atenciones; ha dispuesto del auxilio de la ciencia, del apoyo del capital y de singulares mercedes por parte de los gobernantes.

Los peritos agrícolas llevaron al campo los últimos procedimientos que podían favorecer al cultivo; la agricultura utilizó el crédito en mejores condiciones que la industria y así el Banco de Francia está obligado a ceder una buena parte de

su capital sin interés a las asociaciones campesinas: facilitan la importación y la exportación de productos, inmensa red de ferrocarriles, de carreteras y de caminos vecinales, hasta que surgió la guerra europea, la contribución territorial se ajustaba a un tipo mucho menor que el que castiga a nuestros rurales, y, por último, la agricultura ha prosperado en otros países por que no ha sido, como en España, la víctima de todas explotaciones inmorales y de toda clase de concupiscencias.

Nuestros labradores pueden llegar a competir con los extranjeros colocándolos en el mismo plano en que éstos actúan, con los mismos auxilios que en otras naciones recibe el trabajo en el campo, con dinero barato y con justicia tributaria y arancelaria.

No puede exigírseles que aumenten y mejoren la producción, mientras el oficio de agricultor sea el peor remunerado en la Sociedad, y en tanto que el labriego, aun cuando cultive fincas propias, viva rivalizando en «sobriedad» con los más desgraciados indigentes de las ciudades.

La población campesina, apta hoy para dar personal de ordenanzas, porteros, camineros, guardias civiles y emigrantes, necesita ganar en su trabajo impropio y meritorio algo más que los modestos funcionarios del Estado y tanto como los obreros de las ciudades.

Es lo primordial, es la base, es el fundamento por donde ha de empezarse a regenerar la agricultura nacional, una disposición que señale lógicos precios a los productos del campo, en relación con el valor de los géneros industriales y con la cuantía de lo que a los campesinos se les cobra por servicios profesionales.

Para que el labrador no sucumba ante las exigencias de todos los enemigos que le cercan y le acosan, necesita en los presentes momentos, vender, por lo menos, a veinte pesetas la fanega de trigo. PHILIPPO.

¿Adónde iremos? ¿A Annual? ¿A Mucemas? ¿Quizás al Korti? Nadie lo sabe. Hay, sin embargo, razones que hacen sospechar al cronista que nuestras intrépidas ambiciones de ocupación serán más modestas. Y va a resultar que, para justificar el ascenso del general Berenguer, vamos a tener que apuntar un tanto al infortunado general Silvestre, que, sin soldados, sin material, sin apoyo oficial, con franca oposición, llegó adonde echando cuentas, si llegamos ahora, nos costará 2.000 millones.

Pero no; repetimos que serán más limitadas nuestras aspiraciones. En cuanto quede cercado el terreno minero, lo único productivo e interesante, si no para España, para unos cuantos españoles, se parará y vendrá el aluvión de discursos de diputados y senadores, que unos dirán que sí y otros dirán que no.

«A ver esos planes!»—pedirá un diputado de ronca voz, que no será Indalecio Prieto, que ha estudiado bien todo.

«España no puede resistir esto!»—dirá otro.

«Que asciendan al general X, o que lo hagan ministro!»—pedirá cualquier minoría.

Y, entre tanto, aquí nosotros con el plan de siempre: Con Sanjurjo por el lado del peligro; Cabanellas por el otro, y por enmedio el general Federico Berenguer; con un grupo de moros, muchos soldados y muchos millones, todo discretamente «agitado» antes de usarlo, y con unos cuantos bombos de los periódicos, escribiremos otra historia de la guerra de África, con el epígrafe: «Campaña de 1921.»

Lo que vendrá después, difícilmente lo podemos decir, pero el cronista tiene firme tendencia a creer que será algo más desagradable que lo de julio último.

Oficialmente no habrá sucedido nada, y el triunfo del alto comisario se aplaudirá a bombo y platillo, sin pensar que este triste triunfo ha costado a España unas 20.000 bajas, una situación deprimente ante el extranjero y más de 2.000 millones, como hemos dicho antes. Pero... España es así.

E. RUBIO FERNANDEZ

Melilla, octubre 1921.

Auto-Transporte Conquense

Transportes por Auto-Camiones. Se admiten cargas de 5 a 10 toneladas para cualquier pueblo de la provincia y limítrofes dentro de carretera.

FELIX SAIZ
Fábrica de Harinas

LOS POETAS

¿QUID EST VERITAS?

Lucio Poncio, pretor de la Judea, en su silla curul está sentado, y ante él, escarrocado y maniatado, está Jesuash, rabí de Galilea. En la extendida plaza el sol caldea y el populacho agitate infundado, y con gesto feroz y acento airado pide que el Justo condenado sea. El pretor, que se encuentra confundido. —¿Quién eres?—dice al hijo de María. —Soy la Verdad—contesta per-suadido. —¿Y cuál es la verdad?—el juez portea. —Calla el rabí. Los siglos han corrido, y nadie ha contestado todavía. MANUEL CHAVES.

VENCEDORA

Tienen tus ojos tristes, soñadores, la maravilla de un azul ensueño y el misterio de tu óvalo triguero es edén de éntimicos primores. Diste abril la fragancia de sus flores y tu estatua, tesoro de beleño, es rojo heraldado de un morir risueño, bordador de volcánicos amores. De placer y dolor, de ansia imprecisa tiene cadencias tu argentina risa. Y en tu vivir, de gentileza lleno, es el amor la vida de tu vida. Impávida, ante el oro y el veneno, sabes morir, amante, como Aida.

INMENSAS

Para Don Epitafio

Horra de calma, noche silenciosa, en un murmullo, en un eco, paz silente, el luto del candor teje en tu frente de un amor virgen la visión etérea.

En tu tac, la fátiga amorosa modula su canción e continuamente a la luna se araja lentamente en un arado orzuela milagrosa.

Tu la muerte, sin hábito de vida dejó a tu lojos la ciudad dormida; y mientras reina universal la quietud, en mi corazón, en una poesía, la boca aspiración de poseerte en la copula a tu del infante.

SENSUAL

Tiene tu carne, de matiz de nieve, la fragancia de todas las vergéles y dos rojos botones de clavos, dan a tus senos sensual relieve.

La curvada e ópera portuosa desahoga por los brazos en el pie herido, y la alfombra que pisas se consume bajo ardiente curvada milagrosa.

Tiemban tus labios de ansia sensual en dormida injuria conventual, y luego, herida por el dulce rayo, cubren los labios en abrazo fuerte; y cuando sientes la amorosa muerte los pides que haga el rito tu desmayo.

Miguel Cabrera.

Tirado de EL MUNDO 1.000 ejemplares.

DEL AMBIENTE

LOS LIBROS CULPABLES

Se trata, merced a todavía reciente iniciativa del ministro de Instrucción pública, acaso muy oportuna y sin acaso muy bien intencionada, de recoger en las páginas de un libro, concursado entre escritores españoles, todo lo que ensio el prestigio del alma nacional, los hábitos de la vida española pasada y presente, el espíritu de la indomable, au tara y ejemplo raza inquieta, en cuyo pasado se suceden los hechos fastuosos a veces lúgubres al galán de la posteridad. Este libro deberá orientarse en un criterio de sinceridad íntegra, sana y honrada—según el Real decreto creador del concurso—, inspirando severa crítica de cuanto en el pasado aconteciera, para mejora de las obras presentes y futuras y enmienda de los yerros pretéritos, y, sobre todo, deberá ser honesto, cordial, efusivo, sencillo, para que sus enseñanzas sean fácilmente discernidas por los niños, embrión de los hombres de mañana, a quienes se destina.

Plausible empeño el de elucidar a los futuros ciudadanos en los deberes impuestos por el legado de sus ascendientes. Noble empeño el de iniciar a las conciencias infantiles en el amor a cuanto los rodea, como medio de despertar sus entusiasmos e inclinaciones suaves y amablemente a sus obligaciones de hombres. Halagadora esperanza la de depositar nuestra luminilabiduría, si es que la poseemos los que escribimos para los niños, en el altar de la patria, para que ella eligiendo entre las ofensas la más pura, la de la feque, lingo a los niños que han de continuar nuestra vida, acaso mejor que nosotros supimos reverenciar y honrar la de nuestros antecesores, cuya herencia despreciamos y cuyos ejemplos no acertamos a seguir. Hermosa obra la del iniciador y sus colaboradores, quienes sepan extraer del pasado lo más digno de emulación y ejemplo, lo que merezca repulsa. Hermosa obra la de enseñar a nuestros hijos, haciéndoles saber los respetos que deben a quienes, antes de ellos ser nacidos, los hicieron con sus proezas, hijos de una patria venerable y grande!

Pero acaso esta obra precisa un eficaz complemento, sin el cual no la era del todo meritoria. Y es que no deberemos pretender generar ciudadanos del mañana, sin regenerar a los de hoy; que no deberemos dignificar a los del futuro, si hemos de abandonar a su triste destino a los del presente. Y ello puede y debe hacerse con libros, con las mismas páginas que han de iluminar las inteligencias propicias, con aquellas mismas páginas históricas que han de memorar a Sagunto, la heroína, frente a las huestes de Aníbal, y a Numancia, la brava virgen inviolada ante las cobardías de Maniaco, el sojuzgador romano, y a Santa María de Covadonga, donde surgen los leones de Don Pelayo contra los derentadores sarracenos, y a Alfonso el sabio, y a Isabel, la egregia, y a Carlos III el generoso, y a los bizarros extremeños que tan arriba, tan alto, tan fuera del

adonde padestre supieron levantar e libar castellano en tierras de aztecas e incas, y a nuestros héroes de la Independencia, y a nuestros mártires por la fe... Sí. Esas mismas páginas han de mostrarse a los hombres maduros, para que no olviden de quién y de dónde descienden y quizás, para que sepan amar y re-eben el cariño a la roca, al terrón, al suelo al vivo en que vieron luz.

Tanto como a los niños, es a los hombres, a los mayores, a quienes debe recordarse donde brotó munificencia, a torren-tes, la sangre que bulló en sus arterias, don le germinó la semilla que los infan-til y con qué esencias se nutrió su espíritu. Y a este fin, nada como el libro, el santo libro sincero, honrado, afectivo y cordial, que al par que deleite, despierte recuerdos, y al par que recuer- dos avive energías, y al par que enorga- zas pondere las glorias y ejemplarice en los hombres de ayer la emulación de los de hoy y la superación de los de ma-ñana. A tal fin, nada mejor que el libro, el buen libro, el amable libro que, resus- citando lo de entre el farrago de los niños, compense la obra de estos y destruya la cizaña por ellos sembrada, como devastadora plaga, entre la simiente fecunda que acaso se perdió, devorada por la es- téril, por la pernicioso, por la maligna. A tal fin, ningún remedio más enérgico y activo que el libro genuinamente es- pañol, el libro-tejoro, el libro clásica- mente prestigioso, honrado, efusivo de la historia sincera, y el de la literatura noble y antigua, honesta, culta, digna y admirable; el libro que hable del siglo de oro de las Armas y las Letras y que vaya derecho, certoro al alma, al cora- zón, a la inteligencia de los hombres, en compensación a los muchos que hablan- ron a sus sentidos...

Porque si el libro bueno es acreedor a gratitudes y alabanzas, el libro malo os merecedor de castigos y penas, y ninguna mejor aplicada que la de dejarle in-útil. El libro malo, extendido con pro- fusión aterradora, es culpable de gran parte de la falta de memoria notada en los hombres de hoy, y no menos causan- tes del olvido en que yacen los presti- gios de ayer; él es el que obliga a pensar provisoriamente en los hombres de ma-ñana, al menos los por sus promitores los ciudadanos despreocupados del pre- sente; él es el que obliga a corregir las reprobables siembras vertidas en la so- ciedad actual; él es el que impone una vigilancia fiscal en las letras, de la cual debe renegar toda conciencia liberal, pero legitimada por las corrupciones li- terarias; él es el que, en trueque de nuestros beneméritos fastos, se ocupó de halagar los sentidos de la adolescen- cia y estragar el paladar de la juventud con el sadísimo desecado, concupiscente, brutal; él es el que, iniciando en tutu- sos perversiones a los niños, con revela- dor crudeza sexual, anticipó las malas cosechas sin preparar la tierra para su sazón ni inmunizarla de la cizaña. El es el que, enriqueciendo a poco o nada es- cripturados aforros, se alzó con el em- pleo lucrativo de los ciudadanos futuros y malogró nuestras ansias y arrastro nuestras esperanzas.

Contra esa mal libro, aparecido a diestra y siniestra, culpable en máximo gra- do de la decadencia presente, to la san- ción es poca; y por dura que fuere, por feroz que parezca, por crueles que el mollo y la pena sean, loable será el em- peño de recordar los libros de la patri- a gloriosa y amada pero más loable aun será expurgarla de gérmenes malí- cos y purificarla de agostadoras plagas. Y esta misión, dolorosa y sensible, acor- medida ya y que no puede abandonarse, es indispensable para que los conducto- res de los niños que han de aprender a amar a la patria al descubrir su alma, puedan inculcar en aquellos, cuando aparezca, el cariño a este otro libro bu- no que ha de automatizar con honradez sincera los yerros pretéritos y ensalzar como se merecen los pasados triunfos y el solar donde el alma nacional hizo cunto del heroísmo y mérito de las vir- tuosas ciudadanas.

Antonio Escudero Alvarez.

Madrid-October.

HERNANDES
BRAGUERO ESPAÑA
de D. J. Campos
Médico Ortopédico
30 pesetas
Lo mejor conocido.
En Cuenca: Dro-
guería San Julián,
Calle del Agua, 22.
En Madrid: Au-
gusto Figueroa, 8.

